

De sargento a Presidente

Creído y así llamado, hombre fuerte de Cuba, Fulgencio Batista, sin escrúpulos de ningún tipo, maniobró con éxito para acceder a la primera magistratura

Por **ROLANDO RODRÍGUEZ***

CONTRA el Gobierno de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, designado Presidente por el embajador yanqui Benjamin Sumner Welles, todos conspiraban. El Directorio Estudiantil Universitario (DEU), los comunistas y el grupo nucleado en torno a Antonio Guiteras exigían la implantación de un Gobierno provisional revolucionario. En el Ejército, los oficiales jóvenes se confabulaban con el DEU y los oficiales superiores con el viejo general Mario García Menocal. Al mismo tiempo, conspiraban los sargentos y soldados, que temían posibles recortes de plantillas y salarios.

Batista, el más listo de los sargentos, usurpó el liderato del último movimiento militar. Inmediatamente aceptó aliarse con los representantes del DEU, quienes en la madrugada siguiente al 4 de septiembre de 1933 eligieron, como ejecutivo de la nación, un Gobierno de cinco miembros: Ramón Grau San Martín, José Miguel Iriarri, Guillermo Portela, Sergio Carbó y Porfirio Franca.

En la mañana posterior, Batista, sin que lo supieran los demás sargentos ni los civiles revolucionarios, corrió a ver a Welles y se puso a su disposición. Por su parte, los integrantes de la llamada pentarquía, le comunicaron personalmente a Carlos Manuel de Céspedes que había sido destituido. Luego se repartieron las diferentes carteras gubernamentales. Pero este ensayo de Gobierno plural duró poco. El 8 de septiembre Sergio Carbó, encargado de las carteras de Gobernación, Guerra y Marina, acompañado por los miembros del DEU, designó coronel a Batista y lo ratificó como jefe del Estado Mayor. El DEU acordó nombrar de nuevo un solo presidente, Ramón Grau San Martín.

En el Gobierno que duró 127 días fungió como secretario de Gobernación, Guerra y Marina, el revolucionario marxista y antimperialista Antonio Guiteras. Este llevaba el estandarte de la izquierda en el gabinete,



El más listo de los sargentos (izquierda), que se impuso como líder del movimiento militar del 4 de septiembre, junto a Blas Hernández y Ramón Grau San Martín.

te, Batista el de la derecha. Grau formaba el centro.

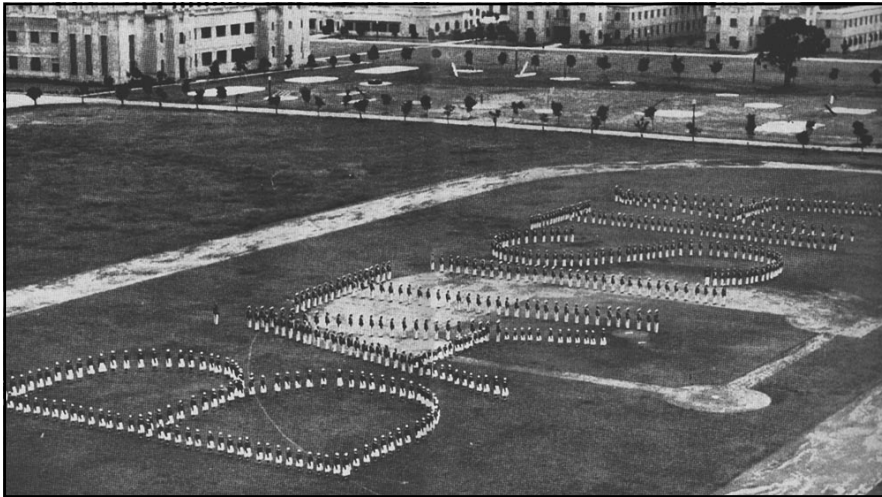
Las circunstancias ayudaron a Batista a hacer realidad sus sueños de ascenso. Meyer Lansky, segundo de Lucky Luciano, el jefe de la mafia estadounidense, le dio un millón de pesos por la autorización del juego en el Hotel Nacional. El exsargento tuvo la "inteligencia" de no quedarse con todo. Repartió una suma a los jefes de los distritos militares. La corrupción le sirvió para consolidar su mando, y estar en posibilidad de derrocar al Gobierno de Grau. El 15 de enero de 1934 logró su objetivo. Cubrió unas horas la presidencia con Manuel Márquez Sterling y Carlos Hevia. El 18 sentó en la silla a su carta de triunfo: Carlos Mendieta.

El nuevo Gobierno desmontó las medidas progresistas llevadas adelante por Guiteras. Pero este continuaba interponiéndose en el camino de Batista. Se convirtió en su enemigo público número uno. La última organización fundada por el revolucionario, Joven Cuba, constituía un peligro, pues se alzaba con un programa para continuar sus propósitos.

Estalló la huelga general de marzo de 1935. Batista y el Ejército desataron una cruel represión. Comunistas y guiteristas fueron enviados por cientos a las mazmorras. Entonces, Guiteras pasó a la segunda opción: organizar una expedición armada, que desde México desembarcara en Cuba, iniciara la insurrección general y derrocará el régimen. Batista hizo todo por impedirlo.

En el Morrillo, sitio de la bahía matancera, por donde saldría clandestinamente en yate para regresar con la expedición armada, se produjo el drama: Guiteras murió en combate en mayo de ese año. Como afirmó Pablo de la Torriente, con la desaparición de este paladín, terminó la revolución del 30.

Batista pensó organizar elecciones y postularse, pero el embajador Caffery le quitó la ilusión por el momento. Ese no era su papel: debía seguir al frente de las fuerzas armadas. En los comicios convocados triunfó Miguel Mariano Gómez, hijo de José Miguel Gómez. Pero ya Batista comenzaba a ajustar sus planes para encaminarse a la presidencia. Sacó cuentas: si Cuba era un país rural, debía conquistar a



Con el objetivo de ganar adeptos, Batista levantó las escuelas cívico-militares, como el Instituto de Ceiba del Agua, para hijos de soldados, marinos, policías, campesinos y obreros.

los campesinos. Convirtió en sargentos de tercera a soldados y jóvenes desocupados que tenían alguna ilustración, para que fueran a las áreas rurales donde no había escuelas y enseñaran los rudimentos de la lectura y la escritura.

Sus planes necesitaban dinero. Así que ideó un impuesto de nueve centavos por saco de azúcar que produjera el país y que sería manejado por el Estado Mayor. Como Miguel Mariano amenazó con vetar el proyecto, Batista presionó al Congreso y logró que el 24 de diciembre este destituyera al mandatario. El cargo lo ocuparía el vicepresidente Federico Laredo Brú.

El impuesto de los nueve centavos fue adelante. Batista emprendió un plan de reparto de tierras, mediante una ley que no afectaba la gran propiedad privada, pues solo comprendía tierras estatales, como los realengos, divididas en lotes y entregadas a los mismos campesinos que las trabajaban, quienes serían de forma plural sus propietarios.

Entre otras obras, erigió las escuelas cívicas militares como el Instituto de Ceiba del Agua, para hijos de soldados, marinos, policías, campesinos y obreros. Hizo construir dispensarios y sanatorios antituberculosos, como el de Topes de Collantes, hospitales de maternidad, hogares rurales infantiles. A la par, se rodeó de intelectuales para que lo apoyaran en su tarea.

En 1935 y los años siguientes, los matones de Batista habían perseverado en el camino de la represión. A los enemigos del régimen y a los periodistas que hablaran mal del coronel, de su familia o del Ejército, les daban acei-

te de ricino (palmacristi). A las estaciones radiales les rompían los equipos a mandarrizos.

Sin embargo, ya en 1938 la situación en el Gobierno y el Ejército tendía a separarse de cualquier actitud fascistoide. Washington empezaba a distanciarse, formalmente al menos, de las potencias nazi-fascistas y era casi una obligación de las autoridades cubanas mostrar su apego a la postura de Estados Unidos. Ahora Batista y Laredo Brú serían más demócratas que Pericles o Solón.

Batista había prometido que convocaría a una asamblea constituyente. Finalmente, el 15 de noviembre de 1939 se celebraron elecciones de delegados, para elaborar la ley fundamental. En los comicios participó la Coali-



Ganó en elecciones amañadas de 1940 y hasta 1944 fungió como Presidente de Cuba.

ción Socialista Democrática, en ella confluían partidos tradicionales, la Unión Revolucionaria Comunista y el Partido Nacional Revolucionario (Realista). Esta agrupación apoyaba al Gobierno. Al bloque de oposición lo integraban el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), al A.B.C. y los Demócrata Republicanos.

Batista no había podido imponer totalmente el dominio de la reacción contrarrevolucionaria y, por el contrario, tuvo que transar con las fuerzas populares emergidas a la palestra con la revolución del 33. El resultado fue un conjunto de concesiones y compromisos, y aunque no se cambió en esencia el carácter neocolonial de la relación de Cuba con Estados Unidos, la burguesía dependiente cubana, sin dejar de ser su instrumento, se vio obligada a adoptar fórmulas de mayor equilibrio político y social.

En febrero de 1940 al fin se reunió la convención constituyente. Después de enormes debates, el 1º de junio se firmó, en Guáimaro, el texto de la Constitución.

El 14 de julio de ese año se celebraron las elecciones generales. Batista aspiró a la presidencia, en representación de la Coalición Socialista Democrática. En su victoria frente a Grau, no solo incidió la demagogia populista del otrora sargento—quien pasó al retiro poco antes de las elecciones y como si no le bastaran los cargos, procuró que lo elevaran al rango de mayor general—, también contribuyeron los sargentos de puestos, que impidieron votar a sus opositores o emplearon el cambiazo de las boletas.

Cuenta un auténtico que durante la campaña llevó un cartel de Grau a un café y pidió permiso para colgarlo. Detrás de él escuchó una voz que le decía: “¿Qué piensa Ud. hacer? No irá a colgar esa mierda”. Cuando se volvió, vio que era el sargento del puesto con la cartuchera abierta y la mano en la culata del revólver.

Era el concepto que Batista tenía de la democracia. En 1952 volvió a vestirse de militar golpista y retornaron el palmacristi y la picana eléctrica. Pero poco después el pueblo rindió a sus pies la tiranía. Y el otrora sargento huyó para no regresar ya más. ●

***Profesor Titular de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana, miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba, Premio Nacional de Ciencias Sociales y de Historia.**